

Rodeado se ve de mil cuadrillas
El y los que le siguen con rodellas,
Mas él iba haciendo maravillas
Batiendo con buen aire las espuelas,
Atravesando pechos y terullas,
Derribando quijadas, dientes, muelas;
Espira, viendo ya su gente dentro,
Acudió con los otros al encuentro.

Anda con tales bríos el acero,
Y el calido fervor de la contienda,
Que quedó por señor el forastero,
Y el morador huyó de su vivienda,
Sin poder amparar al heredero,
Ni poner en recado su hacienda:
Recogen españoles los haberes
Con cantidad de niños y mujeres.

Reposaron después en el asiento
Seis días, porque el campo se repare,
Y prosiguiendo su descubrimiento
Behieron de las aguas del Guayare;
El cual principio es y nacimiento
Del prepotente río de Uyanare,
Dicho por otros nombres Urinoco,
De quien en lo de Ordás no dije poco.

Caminando después una mañana
Orilla del Guayare poderoso,
En una prolijísima zavana
Dieron los de caballo con un oso:
Rodeólo la gente castellana
Como toro que tienen en un coso,
Llegaron de peones gente mucha
Por respecto de ver aquella lucha.

Arremetió Hierónimo Cataño
Creyendo de poder alancearlo,
Mas el atreimiento fué con daño,
Pues cuando se llegó para matallo
Usó la bestia de mayor engaño,
Asiendo de las piernas al caballo,
Y como si tronchara flaco leño
En tierra dió con él y con su dueño.

De mano de la bestia carnícera
El caballo quedó luego tendido:
Hierónimo Cataño periclería,
A no ser prestamente socorrido:
Y el oso se escapó de tal manera,
Que de ninguno pudo ser herido:
Suelen algunas veces ser dañinos
A los indios que tienen mas vecinos.

Bien cerca de un estancia que yo tengo
Y donde por un mal inconveniente
En alguna manera me detengo,
Del cual diré quizá mas claramente,
Un oso destes hubo tiempo luengo
Que consumió gran número de gente:
Matólo George Perez, un mestizo,
Con tiro de arcabuz que en él se hizo.

Alguna vez también hemos hallado
En árbol alto barbacoa hecha,
Donde ya sube puerco, ya venado,
O cazas otras de que se aprovecha:
En alto tiene hecho soberado,
Y por sus manos cama donde se echa:
Fuerza de osos es que no me espanta
Subir venados a tan alta planta.

Marchando pues con estos trompezones
Pasaron por algunos despoblados,
Hasta que dieron en las poblaciones
Que llamaron de los enmascarados,
Que al parecer venian con jubones
Y con muy justas calzas atacados:
El cuerpo cada cual embarnizado
De colores de negro y colorado.

Sobre la ropa que les dió natura,
Y como buen barniz bien asentado
Era desta manera la pintura,
Sin ninguno venir diferenciado:
Bitumen negro hasta la cintura,
Y todo lo demás de colorado,
Las caras ansimismo traian negras,
Plumas con cascabeles de culebras.

Aquestos son de viboras cruéles,
A quien ha la natura proveído
En punta de la cola cascabeles
Para que no se muevan sin ruido:
Y así los infieles y fieles
Se valen y aprovechan del oído,
Huyendo del mortífero veneno
Que suele de remedio ser ajeno.

Mas á nuestros guaypies nos volvamos,
Que así los dichos indios se decian,
Los cuales de la suerte que pintamos
Camino de los nuestros se venian;
Y alentados y sueltos como gamos,
No con poco furor acometian
Con muy grandes payeses y azagayas,
Y los peachos son de guacamayas.

A las plumas el cascabel asido,
Que como caracol os represento,
Y como hoja seca su ruido,
Que lo puede también llevar el viento;
Argüyesse del número crecido
Haber allí de viboras aumento,
Pues que traian dellos tantas sumas,
Colgando como digo de las plumas.

Vinieron escuadrones bien armados,
Haciendo como suelen gran estruendo,
Contra treinta finisimos soldados
Que iban adelante descubriendo;
Los cuales viéndose dellos cercados,
«Santiago y á ellos!» van diciendo:
Dos de caballo hay en la zavana,
Un Damian de Barrios y un Lizana.

También estaba Martin de Arteaga,
Entre soldados buenos escogido,
Mas agora no sabe qué se haga,
Que el brazo diestro tiene mal tullido;
La fuerza de los indios los estraga,
Y el escuadron cristiano va rompido:
A Dios el Arteaga se encomienda,
Y en el rigor entró de la contienda.

A un fuerte gandul se fué derecho,
Tomando lanza con enferma mano,
Mas segun el suceso deste hecho,
El golpe que dió fué de brazo sano:
Pues que le traspasó payés y pecho;
Y hoy hace juramento de cristiano
Que después en el brazo ni en la vena
Jamás sintió dolor que le dé pena.

Rompiendo fué por otros escuadrones,
Sin ponelle temor las puntas duras:
Acuden caballeros y peones,
A fin de les romper las vestiduras,
Pespuntando las calzas y jubones
Que el calcetero hizo sin costuras:
Ünos dejan allí las calzas luego,
Y otros tomaron las de Villadiego.

Desbaratados pues estos gentiles,
Que con acometer de furias llenos
Revolvieron huyendo como viles,
Los nuestros fueron á henchir los senos
Al pueblo que llamaron de Perniles,
Por se hallar allí muchos y buenos,
A causa de cazar estos guaypies
Crecida cantidad de jabalies.

Y en aquellas regiones apartadas
Acontece topar en campo raso
De puercos crecidísimas manadas,
Que al peregrino hacen muy al caso,
Pues en necesidad de las entradas
Son gran socorro del hambriento vaso:
Y el que caballo tiene y campo ancho,
Con la lanza provee bien su rancho.

Suerte de caza es tan deleitosa,
Que suele proveer hambrientos sacos,
Y en alguna manera peligrosa,
A causa de vejisimos verracos,
Que con navaja fiera y espumosa
En su defensa no se muestran flacos:
E uno destes por alanceallo
A mí me hirió mal un buen caballo.

Antonio de Esquivel, un caballero,
Que ha poco que dió postrer suspiro,
Contaba deste bárbaro montero
Un modo de cazar de que me admiro,
Y fué que con tocar el solo cuero
Con no sé qué que ponen en el tiro,
Do quiera que le diere, si le acierta,
Cae la caza luego como muerta;

Pero cumple llegar con gran presteza
A la caza después del tocamiento,
Por no ser duradera la torpeza,
Ni aquella flojedad y adormimiento;
Pues cobra la perdida lijereza,
Si hay en la matar detenimiento:
Debenle de tocar con algún hueso
Del peje temblador que atrás espreso.

Mas estando después en esta vega,
No con poco descaído los cristianos,
Tuvieron una muy mala refriega
Con otros indios destes comarcanos,
Do bárbara canalla se les pega,
Hasta quitar las lanzas de las manos
A ciertos caballeros fanfarrones,
De los que acá llamamos chapetones,

En itálicas guerras ya tenidos,
Segun ellos decian, en gran precio,
Demás de ser mil veces instruidos
En militar doctrina de Vegecio;
Mas agora quedaron muy corridos,
Y cada cual en posesion de necio,
Por no dar muestras en aquel rebato
De lo que pide hélico recato.

Mas contra las catervas atrevidas
Los dos mancebos Berzars famosos,
Bartolomé y Filipe, dan heridas
Y golpes de tal suerte sanguinosos,
Que dejaron las lanzas y las vidas
Los que con ellas iban victoriosos,
Y las restituyeron á sus dueños,
A quien vergüenza hizo mas isleños.

De los dichos guaypies despedidos,
Caminaron por el orden que conviene,
Hasta mojar los piés en los vestidos
En el famoso río Papamene;
Cuyos términos, siendo conocidos,
Reconocieron que su curso tiene
Por la equinoccial, do se barrunta
Que con el Marañon sus aguas junta.

Corren las otras bandas, no sabidas
De guías que llevaban por testigos:
Hallaron poblaciones destruidas
Por indios destes pueblos enemigos;
Las aguas de los rios van crecidas;
Conviéneles buscar nuevos abrigos,
Pues la boca del Tauro les enseña
Las Hiadas, de pluvias clara seña.

Preguntaron allí por tierra rica
A un viejo gandul que fué tomado,
Y aqúeste dió noticia de Ocoarica,
Cacique de crecido potentado:
Los nuestros le decian de Oroarica,
Y después le llamaron el Dorado:
Y en aquella demanda y apellido
Otras muchas armadas se han perdido.

Como Filipe de Uten, ya nombrado,
Que quiso ver el fin desta jornada;
Y deste reino bien aderezado
Salió también Jimenez de Quesada,
Hermano de aquel buen adelantado
Que por allí después perdió su armada;
Y Ursua se perdió ni mas ni menos
Por falta de leales y de buenos.

Es aquesta noticia, segun toco
En otra relación que tengo hecha,
Entrel gran Marañon y el Urinoco,
Y es por Pirú la via mas derecha;
Y á quien de descubrir no gusta poco
Todavía le dura la sospecha
Que por aquel compás y largo seno
Debe de haber algún pedazo bueno.

Pues como la creciente de aquel río
Papamene venia ya con saña,
George Espira hizo del desvío,
Y su gente metió por la montaña:
De grandes cenagales y rocio
Muy fatigada lleva su compañía,
Donde tanto atascaban los caballos,
Que muchos se quedaron sin sacallos.

Pero los que eran carga del caballo,
Por vueltas de fortuna mal compuestas,
Tienen por bien agora de cargallo,
Y de llevarlo huelgan á sus cuestras,
Sin dejar cuero, pie, tripa ni callo;
Ni parte de las partes inhonestas,
Pues de todos sus miembros lo mas malo
Era regaladísimo regalo.

Todos van sin vigor y sin sustancia;
Su gran necesidad es increíble:
Y en aquella larguísima distancia
Hallar grano de sal es imposible:
Que de todas las faltas de importancia
La falta de la sal es mas terrible,
Pues cuando sal algun soldado tiene
Con solamente yerbas se mantiene.

Sin ella son bocados de amargura,
Cortamiento de miembros, y un continuo
Devanear no lejos de locura;
Antes es todo cuasi desatino;
Al fin, debajo desta desventura,
Siguiéron adelante su camino
Con otros muchos fortunosos toques,
Hasta llegar á tierra de los choques.

Nacion que no sé cómo me la llame,
Pues esta es indubitablemente
La mas sucia, mas torpe, mas infame,
Que cuantas tienen hoy nombre de gente:
Y aunque mas sus vilezas encaramo,
Es sacar una gota de gran fuente;
Su sustento lo mas es tan inundo
Que cosa no se vió mas en el mundo.

Pues demás de comer humanas gentes,
Maldad en que ellos viven muy espertos,
Comen diversidades de serpientes,
Sin que sepan tener limites ciertos:
Comen sus propios hijos y parientes,
Suelen ser sepulturas de los muertos;
Gusanos come la nacion maldita,
Y hasta los cabellos que se quita.

Son demás de lo dicho gentes vagas,
Y á vueltas de lo que comer procuran
Comen hilas y parches de las llagas
Que quitan españoles que se curan;
Si te lavas las manos, ó ya bagas,
Lavarte los piés sucios, se apresuran
A beber aquel agua sucia y fea
Como delicadísima clarea.

Son indios bien dispuestos y alentados,
Sin orden, sin razon y sin gobierno,
Ferozes, atrevidos, alocados;
El viejo, mozo y el muchacho tierno
En el acometer determinados,
No menos que demonios del infierno;
Sus armas lanzas son, payés y dardo
Que bien ha menester duro reguardo.

En hacer estas armas no son rudos,
Ni tienen, cierto, sutileza poca;
Pintan el sol en todos sus escudos,
Con sus rayos, nariz, ojos y boca;
Los choques todos son hombres desnudos,
Y á las hembras cubierta no les toca:
Todos andan al natural estilo,
Sin torcer ni hilar un solo hilo.

Si vuelve las espaldas algun bando,
No es porque su furia se mitigue,
Pues lo suelen hacer de cuando en cuando
Para mas molestar á quien los sigue;
Porque dardos agudos van hincando
Adonde su contrario se castigue,
Y en los hincar no son tan indiscretos
Que no hagan mortíferos efectos.

La mortal experiencia desta maña
Que tienen estas gentes fué sabida,
Por Joan de Castro, natural de Ocaña,
Corriendo tras quien iba de huida,
Pues con la punta de la dura caña
Al miserable le huyó la vida:
En efecto, la cosa fué de suerte
Que quien pensó matar padeció muerte.

Y otros ensangrentaron su carrera
Cuando victoriosos se juzgaron.
Al fin ellos pelean de manera
Que muchos españoles me juraron
Nunca topár con gente tan guerrera,
En todas las naciones que toparon;
Y el choque, ni por bien ni por herida,
Se quiere, según dicen, dar á vida.

Luego pues que llegaron los cristianos
A unas mal compuestas ramadillas,
Vinieron solos dos destes villanos
Con dos totumas de agua ó escudillas,
Do mojaban los dedos de las manos
Y tocaban las barbas y mejillas
A ciertos españoles que allí vieron,
Y sin hablar palabra se volvieron.

Y como se volvieron de improviso
Sin muestra de placeres ni de enojo,
Los nuestros españoles, no sin riso,
Dicen: «Menester es abrir el ojo,
Porque mojar las barbas es aviso
De que echemos las barbas en remojo;
Antes pues que se mojen los cabellos
Determinemos ir en busca dellos.»

Después de cada cual aderezado,
Fueron por un camino muy seguido,
Dieron en un gran pueblo deshabitado,
De solo desconsuelo proveído:
Por ser tiempo de lluvias tan pesado,
Allí fué nuestro campo detenido,
Sin poder por los grandes cenagales
Ir á buscar remedio de sus males.

Para necesidades del hambriento,
Que tales eran ya malos y buenos,
Dos caballos sirvieron de alimento,
Tales, que menester no habían frenos;
Y en tan terrible tormento,
Sal era lo que mas echaban menos;
Y para dar remedios á su vida
Por mil partes buscaban la salida.

El Esteban Martín y Valdespino,
A pié, con otros treinta compañeros,
Para buscar al bárbaro vecino
Pasaron grandes ciénagas y esteros;
Dieron en tierra seca, y en camino
Que los cansados piés hizo lieros,
Por verse la comarca bien poblada
Y cantidad de gente bien armada.

Como por ojos ya tuviesen prueba,
Y número de gente descubriesen,
Viendo ser muy poquita la que lleva,
Esteban ordenó que se volviesen
Al campo, para dar aquella nueva,
Y todos ellos juntos acudiesen
Con los caballos y el demás fardaje,
Pues que sabían cómo pasaje.

Volviendo pues atrás esta carrera,
En recta guardia él y el Valdespino,
Natural de Jerez de la Frontera,
Parece ser que no tuvieron tino
Los otros que iban en la delantera,
Yendo ya descuidados del camino;
Y el buen Esteban, como mas esperto,
Pasó para les dar camino cierto.

Y entre tanto que puso sus hermanos
En el cierto camino que traído
Habían, dieron indios inhumanos
En Valdespino, que se vió perdido,
Pues vivo lo llevaban fieras manos,
E ya de dos heridas mal herido;
Lo cual visto por este varón fuerte,
Quiso dar la vida con su muerte.

Porque vista de fuerzas la penuria
Que mostraba la gente rezagada,
Por los indios rompió con tanta furia,
Que dejaron la presa mal tractada;
Tomó crúel venganza del injuria
Que hacen á la gente baptizada:
Cabezas por el suelo van rodando,
Manos y dedos andan palpitando.

Aquellos que lo siguen y el gobierno
Esfuerzarse de ver tan grandes hechos;
Pero punta de hueso, nada tierna,
Sin bastalle broquel, rompió los pechos;
Otra le segundaron por la pierna
Con que sus pasos hizo mas estrechos,
Porque le dieron por el espinilla,
Metiéndole la punta en la canilla.

Su muerte ya cercana conociendo,
Por las heridas de una y otra vara,
Poco á poco se iba retrayendo,
Al escuadron feroz haciendo cara;
Animosas razones va diciendo,
Y á todos como sano los ampara
Con tan raro valor y tanta cuenta
Que ninguno dejó de todos treinta.

Aunque dolor de piernas embaraza,
Todavía por términos guerreros,
A pesar de los choques, hace plaza
Por donde puedan ir sus compañeros;
Porque los indios fueran dando caza
Hasta que ya pasaron los esteros,
De do volvieron á sus campos anchos,
Y los nuestros llegaron á sus ranchos.

Vido luego su fin el Valdespino
De las heridas malas y molestas,
Y así la mayor parte del camino
Cristianos lo trajeron á sus cuevas;
Dicen ser valeroso, y hombre dino
De no cortar el hilo las funestas
Lanificas hermanas en tal era,
Sino de darle mas larga carrera.

Mas otra pena muy mayor se siente,
Y es Esteban Martín, amigo caro
Del George Espira y de la demás gente,
Por no saber á nadie ser avaro:
Y así de todos universalmente
Fué tenido por padre y por amparo,
Y creían que estando de por medio
No les había de faltar remedio.

Hicieronle muy abrigados lechos,
Y todo su remedio se procura;
Las heridas le ven, y muy á pechos
Tomó Diego de Montes esta cura:
Un Joan de Oñate hizo los pertrechos
Para sacalle bien la punta dura;
Sacóselo, mas aunque hizo esto
No dejó de morir al día sexto.

Murió con confesion y testamento,
A pobres repartiendo lo que alcanza;
Nunca pude saber su nacimiento,
Ni el nombre del lugar de su crianza.
Hicieron sus amigos juramento
De tomar muy de veras la venganza;
No con menos dolor ni menos ira
Lo mismo prometia George Espira.

En este funeral y enterramiento
También pudieras ver ojos llorosos;
Hicieron el humilde monumento
Debajo de unos árboles umbrosos,
Y el padre Fructos, no sin sentimiento,
Por honra de los huesos generosos,
En el troncon del arbor do yacia
Aquesta letra puso, que decía:

AL CAPITAN VALEROSO

LLAMADO ESTEBAN MARTIN

AQUI LE LLEGO SU FIN.

El árbol, de sus hojas descompuesto
Por la gran aspereza del invierno,
Ya se vestía de pimpollo tierno
Con apariencia de florido gesto,
Cuando quien se precia del gobierno
Quiso luego dejar aqueste puesto,
Inquirir y buscar tierra mas alta
Para socorro de tan grande falta.

Halló donde hirieron á su amigo
Disposicion de tierra mas lozana;
Determinóse de hacer castigo
En gente tan crúel y tan tirana,
Y todos cuantos él llevó consigo
No creo que tenían menor gana;
Y la contraria gente dura y fiera,
Tampoco recelaban la carrera.

Antes con un furor luciferino,
Como vieron venir nuestros varones,
Concertaron saliles al camino
Con bravos y feroces escuadrones;
Los españoles, con mejor desino,
Envían al encuentro los peones
Con orden que se fuesen retrayendo
Y fingsiesen huir sin ir huyendo.

Por traellos abajo de un repecho,
Do quedaban caballos encubiertos,
Para poder mejor hacer su hecho,
Por ser allí lugares mas abiertos,
Y podían correr tan á provecho,
Que de victoria se juzgaban ciertos,
Pues era, si los sacan á lo raso,
Negocio que les hace muy al caso.

Partieron los peones al instante,
A punto la rodela y el espada;
Mas viendo tantos indios por delante,
Fingieron de temor hacer parada,
Y luego con astucia semejante
Revuelven al lugar del emboscada:
Ellos, juzgando ser el miedo cierto,
Seguíanlos sin orden ni concierto.

No tigre ni león por la dehesa
Se muestra tan veloz en su corrida,
Tras la caza do quiere hacer presa
Y piensa que la tiene ya cogida,
Cuantas eran las furias y la priesa
De la gente feroz inadvertida,
Hasta que descubrieron los recodos
Adonde estaban los caballos todos.

Los cuales, como ya viesan la suya
Y tanta multitud sin ordenanza,
Acometen á mí sobre tuya,
Con deseo y ardor de la venganza:
Rodéantlos para que nadie huya
Del espada crúel ni de la lanza,
Rompiendo aquí y allí con los caballos
Para los dividir y derramalos.

Ensangrentando van acero fino,
Ningunos golpes dan que salgan vanos;
Y como fué negocio repentino
Y en lugares tan rasos y tan llanos,
Los indios con el grande desatino
Ni juegan de los piés ni de las manos,
Antes cada qual anda sin sentido
De ver el animal que nunca vido.

Como si par de alguno cayó rayo
Que por su buena dicha no le toca,
Sino que le pasó mas á soslayo
Rompiendo cerca dél la dura roca,
Y demás de quedar con gran desmayo
Aquel espanto le tapó la boca,
Y del tronido y el celeste fuego
No solo queda mudo, pero ciego.

Avínoles así ni mas ni menos
A la bestial, feroz y fiera gente,
Cuando vieron venir en piés ajenos
A los que les salieron de repente;
Y aun menos impresion hicieron truenos,
Pues por allí no faltan comunmente;
Alguno procuraba su defensa,
Y fué trabajo vano lo que piensa.

Por andar los cristianos mas despiertos
Que la gente de Indias ya rompida,
Cuyos conciertos eran desconciertos,
Sin tener esperanza de la vida;
Al fin la mayor parte fueron muertos,
Y los cristianos, todos sin herida,
Quemaron luego por estos conveses
Innumerables dardos y paveses.

Allí, demás de su contentamiento
En poder subyectar duras cervices,
Hallaron copia de mantenimiento
De yucas, boniatas y maíces,
Y juntamente para su sustento
Otras diversidades de raíces,
Que los que no conocen abundancia
Afirmar ser comida de sustancia.

Refrenada la loca fantasia
Y abatidas las crestas de los gallos,
Estuvieron allí por algun dia
Para reformation de los caballos,
Pues, según su flaqueza, bien había
Harta necesidad de reformalos.
Después desto la gente fatigada
Adelante prosigue su jornada.

Hasta llegar á un rio bermejo,
Donde no les faltó gente de guerra,
Y donde se juzgó por buen consejo
Que subiesen por él hasta la sierra;
Pero demás del débil aparejo
Parecía mal aquella tierra,
Triste, lloviosa y áspera montaña,
Y de sus pensamientos muy estraña.

Visto pues por la gente peregrina
Su primero vigor menoscabado,
El buen gobernador se determina,
Con parecer de todos aprobado,
De procurar volver á la marina
Para tornar mejor aderezado:
Todos concuerdan con aquel decreto,
Y luego lo pusieron en efecto.

Hallábanse vacias las riberas,
E ya rio ninguno los detiene;
Por pasos conocidos y carreras
Allegaron al rio Papamene,
Donde dejaron unas estriberas
Y cosas que memoria no retiene;
Y estas halló Francisco de Orellana
En aquel rio que su nombre gana.

Recogiólas el indio mas cercano,
Deste las rescató su mas vecino,
Y así fueron á dar de mano en mano
A indios mas lejanos en camino
Hallólas en un pueblo comarcano
Del rio Marañoñ, por donde vino;
Después por estas gentes referidas
Fueron, por ser de azófar, conocidas.

Luego del Papamene se partieron
Para volver á do se deseaba,
Y si siempre no van por do vinieron,
La falda de la sierra los guiaba;
Y así fué la derrota tal que dieron
En el rastro que Fedrimán dejaba:
Tras él envían gente de caballo,
Pero nunca pudieron alcanzarlo.

Y aun creo que el Espira no quería,
Pues hay algunos hoy de pareceres
Que un capitán de otro rehuía:
Si la causa, lector, saber quisieres,
Es porque George Espira ya sabia
Cómo esperaba Fedrimán poderes,
Y hasta le venir, creyó que apostó
Se detuvo gran tiempo por la costa.

Y no fué vanidad el pensamiento
En lo que cerca desto se recela,
Pues hizo Fedrimán deteniemento
Por la costa del Cabo de la Vela,
Por ver de su promesa cumplimiento
Y poner mas en orden esta tela;
Y en efecto los Berzares cumplieron
Sin falta la palabra que le dieron.

Mas aunque se detuvo dos veranos
Por esta costa, no sin añagaza
De cartas de los reinos castellanos,
Nunca le llegó cosa que le plaza,
Por venir los despachos á las manos
Del factor alemán Jacome Gaza,
Que retuvo las cédulas que digo
Por ser del George Espira gran amigo.

Escudriñando pues esta frontera,
De la de Santa Marta topó gente,
Cuyo capitán fue Joan de Rivera,
Que con razon llamaron el valiente:
Y el Fedrimán, que mas mañoso era,
Con él se concertó secretamente
Para juntar aquella compañía
Con la demás de Coro que traía.

Alguna desta gente no quisiera
A su gobernador hurtar el lado;
Y para que también Joan de Rivera
Quedase desta culpa disculpado,
El negocio se hizo de manera
Que pareció mas fuerza que por grado:
Así que, presos sin haber defuntos,
Al Maracaibo se vinieron juntos.

De allí tentó huirse cierta gente
De los de Santa Marta que tomaron,
Mas Antonio de Chaves su teniente
Fue tras ellos, y á uno que hallaron
Mandó garrote dar incontinente;
Los otros por lijeros escaparon:
Destos fueron después mis compañeros
El capitán Lorenzo y un Cisneros.

Puestos en Maracaibo y en sus llanos,
Por parecelle tierra desgraciada
El pueblo despobló de los cristianos,
A fin de los llevar á la jornada;
Destos vecinos escogió los sanos,
Dejó en Coro la gente fatigada,
Y en busca dijo ir de George Espira,
Ya fuese con verdad ó con mentira.

Los hombres de caballo y los infantes
Que lleva son antiguos pobladores,
Para sufrir trabajos tan bastantes
Que pocos conocimos ser mejores,
Y en todos los consejos importantes
Muy ciertos y avisados consultores;
Pero pobres y mal aperechados,
Pues apenas tenían ya vestidos.

Andando pues por Barraquicimeto
O por Carora, donde repararon,
Llegaron Alderete y Martín Nieto,
Y los que contra Ortal se rebelaron:
A los cuales con todo buen respeto
Recebaron muy bien y regalaron;
Mas Fedrimán de tres hizo desvío,
Por no le parecer bien tanto brío.

Los tres fueron á Coro brevemente
Con cartas que llevaban sal pimienta,
Y los demás quedaron con su gente,
Haciendo dellos Fedrimán gran cuenta:
Por ser cada cual hombre diligente,
Y en los recuentros de mayor afrenta,
Donde muchos salieran con querrela,
Pudieran ellos bien salir sin ella.

Pusieron en efecto la partida,
Y en la prosecucion de su jornada
No llevan abundancia de comida,
Porque de los demás escarmantada
Gente de indios era retraída
Y del paraje propio desviada;
Mas ya con hambre, ya con alimentos,
Todos con Fedrimán iban contentos.

Pues para lo seguir hasta el infierno
Creo que les ganó las voluntades,
Y ciertamente desde mozo tierno
Si acaso no se niegan las verdades,
Parece que nació para gobierno,
Y en abundancia y en necesidades
En su campo jamás reinó discordia,
Ni en su pecho faltó misericordia.

Sabio fue y avisado cortesano
En todas sus costumbres y modesto;
Para ser alemán era mediano,
Pero de proporciones bien compuesto;
En el hablar retórico no vano;
De rojo, grave y apacible gesto;
Tuvo también facecias excelentes
A tiempos y lugares convenientes.

Yendo pues, como digo, sin revuelta,
En toda la distancia que corrieron,
En un cierto camino gente suelta,
Tomaron unos indios, que dijeron
Que George Espira daba ya la vuelta
Con poca gente, de que coligieron,
Segun la que con él había salido,
Como debía de volver perdido.

Vista la relacion por Fedrimano,
Por no volver atrás de su desino
Ni meterse debajo de su mano
Torció de sus derrotas el camino,
Entrando mas adentro por lo llano.
Hasta tanto que vió que le convino
Sacar su gente de la llana tierra
Y volver á las faldas de la sierra.

Caminan, y llegados en efeto
Al pueblo de San Joan, hoy de cristianos,
El dicho Fedrimán como discreto
No quiso caminar mas por los llanos,
Sino ver de las sierras el secreto
Con guías de los indios comarcanos;
Y para descubrir algun camino
Pedro de Limpías adelante vino.

Llevó consigo gentes avisadas,
Seis de caballo, los demás peones,
Tan diestros y curtidos en entradas
Que no los espantaban trompezones;
Y á cabo ya de dos ó tres jornadas
Vieron humos de grandes poblaciones,
Y sin que mas adentro procediese,
Hizo que Fedrimán luego viniese.

Con orden y debida vigilancia,
Mas adelante van los peregrinos;
Ven muestras por aquella circunstancia
De grandísima copia de vecinos;
Pero hacían grande repugnancia
Angostos y asperísimos caminos,
Que sin hallar allí quien contradiga
Subían con grandísima fatiga.

Mas en la cuesta de mayor altura
Había pajonales sazonados,
Donde las sierras hacen angostura
Con altísimos riscos á los lados:
La gente por allí subir procura,
Por no ver pasos mas acomodados;
Indios cercanos acudieron luego
Y por los pajonales ponen fuego.

Aumentanse las llamas en exceso
Con furioso viento que venía,
Y la nube de humo tan espeso
La vista destas gentes impedía:
El repentino caso y el suceso
En un terrible riesgo los ponía:
Tal ímpetu de fuego los rodea
Que no ven la salud que se desea.

Haciendo pues su natural oficio
Las llamas y fumosos arreboles,
Fue tanta la presura y el bullicio,
Que por aquellos riscos y peñoles
Se despeñó gran parte del servicio,
Y entrellos no se cuantos españoles:
Cayó Miguel Holguín de peñol agro,
Y el escapar fue cosa de milagro.

Como si ciervos puestos en un alto,
Rodeados de áspera vertiente,
Donde ni por corrida ni por salto
Pueden huir, sin gran inconveniente;
Mas recebiendo grande sobresalto
Por ver leon ó tigre de repente,
Sin tiento se despeñan por la roca
Por escapar de carnícera boca.

El indio, y aun la gente castellana,
Así con el temor que los incita
De ver el gran ardor de la zavana,
Confusos movimientos y la grita,
Y aquí y allí la llama ya cercana
Sin ver por dónde va, se precipita,
Haciéndose los unos mil pedazos,
Otros quebrados pies, piernas y brazos.

Pero viendo tumulto ya tan ciego,
Un portugués, soldado diligente,
A grande priesa puso contra fuego
Donde se recogió la demás gente;
Y así cuando llegó la llama, luego
Perdió la fuerza y el furor ardiente,
Por no tener allí tierra ni viento
Paja con que le diese nutrimento.

Admirados de caso semejante,
El mas prudente dellos se embarbasa;
Mas el buen Fedrimán y Limpías, ante
Que pudiese venir otra borrasca,
Con la gente pasaron adelante
A la provincia que se llama Pasea,
Donde la buena tierra fue visible
Y para los caballos apacible.

Salieron los vecinos comarcanos
Al tiempo que venían al encuentro,
Pero nunca vinieron á las manos,
Ni tuvieron recuesta ni recuento:
Antes significaron que cristianos
Estaban en la tierra mas adentro,
Dando señas de trajes y costumbre,
De que se recebió gran pesadumbre.

Pues segun los que viven este día,
No se tuvo la pérdida de Rodas,
En tanto cuanto Fedrimán tenía
El no ser el primero destas bodas,
Pues con ciento y cincuenta que traía
Pensaba conquistar las Indias todas:
Y es cierto que cualquiera de su bando
Pudiera bien regir y tener mando.

También el valeroso licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Que fue quien antes del había entrado
En este nuevo reino de Granada,
Fue por via de indios avisado
Que entraba por allí gente barbada,
Y hizo despachar á la lijera
Para reconocer y ver quien era.

De los que fueron, hay donde residio
Paredes, Calderon, hombre prudente,
Y Joan Rodriguez Gil, bien conocido
Por cuerdo, por sagaz y por valiente,
Y Anton Rodriguez, que por apellido
Le llaman de Cazalla comunmente,
Con otros para paz y para guerra,
Cuyos cuerpos nos encubrió la tierra.

Llegaron estos hombres escogidos
A Pasca, tierra ya conmemorada:
Dieron el parabién de bien venidos
De parte del Jimenez de Quesada;
Fueron del Fedrimán bien recibidos
Y de toda la gente del armada;
Partieron luego, visto su recado,
A verse con el dicho licenciado.

Vieronse juntos pues los dos mayores
En Bogota, que fue primer asiento,
Donde de cortesias y primores
A ninguno faltaba cumplimiento,
Pues cada cual de los gobernadores
Alcanzaba cabal entendimiento,
Con cuantas partes eran concernientes
A los que rigen y gobiernan gentes.

Ganó con el valor de su cosecha
Amistad de varones singulares,
Pero siempre la tuvo muy estrecha
Con el capitán Gonzalo Suarez,
Varon que con fortísima derecha
Fundó lo principal destas lugares;
Pero de su valor y de su cargo
En otra parte tractaré mas largo.

En gracia del mayor y del mas chico,
El Fedrimán al fin se dió tal maña
Que deste nuevo reino salió rico,
Y hizo su viaje para España:
El remate que tuvo no replico,
Pero dicen morir en Alemaña;
Y así ya del mi pluma se retira
Por volver á tractar de George Espira.

Porque después de ya dejar apostada
A Fedrimán que su viaje siga,
El con su compañía mas angosta,
E ya cuasi sin granos el espiga,
A gran priesa se fue para la costa
Padeciendo grandísima fatiga
De hambre, tigres, y de enferma gente,
Y entrellos Santa Cruz, su buen teniente.

El cual, en cierto pueblo de lo llano,
Reconoció su fin y acabamiento;
Murió como católico cristiano,
Y con vivísimo conocimiento:
En el gobierno tuvo mucha mano
Por ser persona de merecimiento;
Dió Cárdenas también fin á sus días,
Mas con donaires y chocarrerías.

Llegados pues á Barraquicimeto,
Hallaron asolada ya la tierra,
Y todos con flaquísimo subyeto
Atravesando van áspera sierra,
Donde luego se vieron en aprieto
Por acudir allí gente de guerra,
Que viéndolos volver de mala suerte
A todos procuraban dar la muerte.

O por lo menos de llevar captivo
Al español que viesen rezagado;
Con los cuales intentos y motivo
Llegaron giraharas por un lado,
Y al buen Diego de Montes llevan vivo,
De gran enfermedad debilitado;
Mas Joan Catahnyare, caquetteio,
Lo defendió con valeroso brío.

Porque llegó con armas de cristianos,
Y en ellos hizo tal arremetida,
Que les quitó la presa de las manos,
Con animosidad jamas oída:
Hizo hechos el indio soberanos,
Y así después de Dios le dió la vida;
Y el libre de tan áspera zozobra
Reconoció después la buena obra.

Prosiguen adelante sus caminos
Discurriendo por pasos conocidos:
Todos iban á pie, que los rocinos
O quedaban ya muertos ó comidos;
Salieron á los términos marinos
Muy faltos de salud y de vestidos,
Bien mohosa la lanza y el espada,
A cabo de tres años de jornada.

Llegaron pues los pocos al asiento
De Coro, do hallaron sus amigos,
Y de quinientos no volvieron ciento,
Faltando solos seis de los antiguos,
Los tres de enfermedad y descontento,
Los otros tres á manos de enemigos:
Do se conoce bien cuánto aprovecha
El ir á descubrir con gente hecha.

Y porque de los que volvieron haga
Alguna relacion aunque sencilla,
Fueron Filipe de Uten, y Arteaga,
Pancorvo, y Aleocer, Joan de Bonilla,
Castrillo, y Urriola, y Arriaza,
Y aquel Rodrigo Infante de Sevilla,
Diego de Montes, Bastamante, Sosa,
Y Bartolomé Sanchez de Hermosa.

Este, viniendo ya muy fatigado,
Esperando la hora postrimera,
En un caballo puesto y amarrado
Por no poder venir de otra manera,
Rodando fue con un rucío rodado
Bien doscientos estados de ladera,
Llevando como vió su vida poca
El nombre de Jesus siempre en la boca.